# AMISTADES NECESARIAS

Ramiro Fonte

**Las relaciones culturales entre España y Portugal bien podrían caracterizarse como una suma continuada de encuentros y desencuentros que dan, como resultado, una amistad necesaria. Hay una frase que, con rigor matemático, se repite en las reflexiones de los intelectuales y políticos lusitanos: «Vivemos de costas voltadas», a saber, que los españoles y portugueses vivimos dándonos la espalda. Lo cierto es que Portugal y España comparten demasiadas cosas como para permitirse el lujo de jugar a la mutua ignorancia. Se trata, posiblemente, de una cuestión de supervivencia cultural. Procediendo de modo contrario, los dos países no reconocerían las historias de su Historia, las respectivas tradiciones que se entrecruzan con suma facilidad en muchas ocasiones.**

Todo país necesita compararse con otros para intentar comprenderse a sí mismo, pero en el caso de España y Portugal nunca está clara la diferencia entre política interior y política exterior. Nos situamos ante una relación sumamente especial, que no admite comparación con ninguna otra.

Portugal y España están asentados en el viejo suelo de Iberia, fértil en mitos, y el mismo nombre de Hispania, otorgado por Roma, les pertenece. Compartimos, así mismo, la frontera más antigua de Europa. Sin embargo, esta vieja frontera no ha podido detener los grandes cursos de agua, los ríos comunes que vertebran la vida de los habitantes de los dos estados. No encuentro, ciertamente, mejor símbolo que el que me ofrece, a mí particularmente, el río Miño para intentar explicar la atracción que siento por la cultura portuguesa. Mas, pensándolo bien, recuerdo también la pregunta de Antonio Machado, dirigida seguramente al Alto Duero:

*¿Qué es esa gota en el viento*
*Que grita al mar: soy el mar?*

y que a mí me obliga a pensar en el más serio y dramático de los mares de Europa, que es el mar portugués. Así justamente está titulado uno de los poemas más memorables de Pessoa. Aquel que dice:

*O mar salgado, quanto do teu sal*
*São lágrimas de Portugal.*

Pero no nos engañemos. El campo de las identidades colectivas está lleno de paradojas, todavía más cuando nos referimos a dos países tan próximos, tan hermanados por una distante cercanía. Si aceptamos que la pluralidad




Ramiro Fonte. © Xurxo Lobato.

cultural es una de las grandes aportaciones de España a la cultura europea, no es menos cierto que la tradición portuguesa está firmemente implicada en esta pluralidad. La lengua literaria en las cortes de Fernando III y Alfonso X de Castilla en la Edad Media era el llamado gallego-portugués. Conviene recordar que Luís de Camões (pocos autores ejemplifican en la tradición poética europea la condición de poeta nacional como el autor de *Os Lusíadas*) ostentó los laureles de ser considerado el príncipe de los poetas españoles, a partir de la primera traducción al castellano, publicada en Salamanca en 1589. Algo semejante sucede con el *Quijote*. Desde la auroral segunda edición lisboeta de febrero de 1605, la obra cervantina se ha constituido en un icono de la literatura portuguesa. Los primeros lectores portugueses de la obra la han leído en su idioma original. Valle-Inclán parece acertar en uno de esos extraordinarios aforismos extravagantes que le regala a Antonio Ferro, en una entrevista publicada en el libro *Prefácio da República Hespanhola* (1933), cuando observa: «Los portugueses son bastante sentimentales. Don Quijote no es español, es portugués». Ya en nuestros días, el gran poeta y escritor portugués por excelencia del siglo xx —me refiero a Fernando Pessoa— ha gozado de la fortuna de contar en el ámbito de la creación en castellano con leales lectores y buenos críticos que han ayudado a situarlo como un autor central de la lírica moderna.



Fachada del Instituto Cervantes de Lisboa.

Estas benéficas interferencias, sin embargo, no tiran por tierra una opinión sustentada por Miguel de Unamuno, que goza, a mi entender, de plena vigencia. La literatura portuguesa no es todo lo conocida y apreciada que debería ser en España, aun siendo las dos lenguas tan afines. Por el contrario, la literatura escrita en castellano es bien conocida en Portugal, aunque en estos últimos tiempos nuestros vecinos estén más pendientes de los ecos que de las voces.

Los dos países, dueños de una profunda y compleja identidad política e histórica, se caracterizan por ser dos estados de los más antiguos de Europa, aunque Portugal le lleva a España más de dos siglos de adelanto. Tampoco podemos pasar por alto el hecho de haber formado parte del mismo reino en la etapa denominada «a dinastia filipina» (1580-1640). Como es sabido, los dos países han contribuido de un modo significativo a los momentos estelares de la humanidad, sobre todo, cuando retocan el mapamundi y abren Europa a los caminos de Oriente y de Occidente. Tanto el español como el portugués son lenguas que han viajado a otros continentes.

Hemos contraído, conviene no olvidarlo, parecidas enfermedades históricas, y hemos echado mano de remedios muy parecidos. Si la Inquisición ha funcionado a pleno ren-

dimiento en los dos países, marcando una tradición de intolerancia, no es menos cierto que también los portugueses aportan como nosotros la palabra liberal a otros idiomas del mundo. Por cierto, nuestras historias comunes se realizan en el mismo laberinto español, afortunada expresión de Gerald Brennan para caracterizar unos acontecimientos de suma complejidad. Este mismo símbolo, el del laberinto, ha sido utilizado por Eduardo Lourenço, quizás el más europeísta de los humanistas portugueses actuales, como título de una de sus obras memorables: *O labirinto da saudade*. En el siglo xx, los dos países han situado en el mapa político europeo dos regímenes ajenos al contexto de los países libres: el franquismo y el Estado Novo. Tanto la cultura portuguesa como la española han vivido épocas de aislacionismo, aunque pienso que las minorías cultas lusitanas, a diferencia de las españolas, se han servido instrumentalmente del inglés y del francés como lenguas de cultura.

El 25 de abril de 1974, también denominado poéticamente *a Revolução dos Cravos*, «la Revolución de los Claveles», marcó un rasgo de época en las postrimerías del franquismo. Pero el 25 de abril no sólo ha roto con el régimen autoritario del salazarismo, sino que también trajo como consecuencia una crisis semejante a la que vivió España en el 98, con la pérdida de las colonias. Creo, con todo, que nuestras relaciones culturales inauguran una nueva etapa a partir del año 1986. España y Portugal ya no son sólo dos de los estados más antiguos de Europa, también son miembros de pleno derecho de la Europa política. A partir de entonces nuestras fronteras políticas y culturales se han diluido dentro del espacio común europeo.

Si, por una parte, tenemos que elaborar respuestas con respecto al aislacionismo, tampoco el iberismo de raíz republicana y liberal sirve ya de coartada. Las fronteras culturales de los dos países se han trasladado a América, Asia y África. A fin de cuentas, nuestros idiomas viajaron a lejanas tierras.

Creo, sinceramente, que los institutos de cultura como el Cervantes y el Camões son instrumentos indispensables a la hora de posibilitar el diálogo y el entendimiento de tradiciones culturales complementarias. La feliz iniciativa de la Casa de las Lenguas proporciona un buen ejemplo de cómo podemos actuar hoy en día. Pero tampoco podemos olvidar el papel que deben desempeñar los intelectuales y los creadores de ambos países. El ejemplo de la relación de Unamuno con Teixeira de Pascoaes sigue siendo válido. El símbolo del río que nos une y nos lleva, mismamente aquel al que interrogaba Machado, precisa del símbolo del puente. Para fluir. ■

**Ramiro Fonte** es escritor, miembro de la Real Academia Galega, profesor de Lengua y Literatura Gallegas y director del Instituto Cervantes de Lisboa.